

Nivel Primario . Segundo Ciclo

¿Qué se propuso destruir la Dictadura?

¿Por qué lo hicieron?



Durante los años 40 y 50 América Latina vivió una etapa de gobiernos populares que implementaron políticas inclusivas, fundamentalmente en México (Pte. Lázaro Cárdenas) Brasil (Pte. Getúlio Vargas) y Argentina (Pte. Juan Domingo Perón) además de los importantes liderazgos políticos en los tres casos tuvo lugar una ampliación de derechos (Al trabajador urbano por 1º vez se le garantizó el aguinaldo, las jubilaciones y las vacaciones pagas, entre otros beneficios, así como al trabajador rural mediante la aplicación del Estatuto del Peón se le garantizó trabajo digno sin explotación). Estos gobiernos populares limitaron los privilegios económicos y políticos de los sectores tradicionalmente más poderosos ya que se aplicó una mayor presencia estatal en la economía, una distribución del ingreso en forma equitativa y una importante política de nacionalizaciones en las áreas de servicios públicos y fuentes de energía: ferrocarriles, teléfonos, usinas eléctricas, empresas de gas y puertos, entre otros¹.

Las experiencias de estos gobiernos provocaron en la clase trabajadora una gran adhesión e identidad política y una gran organización en los sindicatos. Y fueron los trabajadores quienes se organizaron para mantener los derechos que habían alcanzado por aquellos gobiernos populares los que resistieron a los intentos de gobiernos y dictaduras posteriores.

En las décadas de 1960 y 1970 fueron años de rebeldía y aspiración a cambios profundos sociales y políticos. Fue destacada la influencia de la Revolución Cubana (1959) porque había demostrado que la revolución era posible pasando a ser el ejemplo de la revolución triunfante por medio de la lucha armada. A esto se sumó el ejemplo del Che impulsando a distintos grupos revolucionarios latinoamericanos a fundar organizaciones armadas. Muchos consideraban que la desigualdad y la dependencia económica de las potencias imperiales nos se solucionarían por la vía de las "democracias restringidas" ya que eran controladas por militares y grupos de poder. No solo quienes participaban en organizaciones políticas cuestionaban las injusticias e inequidades, estudiantes, obreros, sacerdotes que hicieron la opción por los pobres, maestros, campesinos en toda Latinoamérica querían cambiar su sociedad. Desde éste espíritu cantaban "Para el pueblo lo que es del pueblo, porque el pueblo se lo ganó..."², cuestionaban el orden social en las letras de algunas canciones:

Y por eso gritaban:



***Yo pregunto a los presentes si
no se han puesto a pensar
que esta tierra es de nosotros
y no del que tenga más
A desalambrar, a desalambrar!
que la tierra es nuestra es tuya
y de aquel, de Pedro y María,
de Juan y José***"³.

¹ Nercesian I; Rostica J. "Todos lo que necesitas saber sobre América Latina". Ed. Paidós. Bs As. p 141

² Canción: "PARA EL PUEBLO LO QUE ES DEL PUEBLO" (1973). José Tcherkaski – Piero.

³ Canción: "A desalambrar" (1969). Daniel Viglietti. Sin embargo, el cantante chileno Víctor Jara hizo famosa la canción durante el Gobierno Socialista Democrático de Salvador Allende.

El terrorismo de estado

¿De qué manera la dictadura logró destruir lo que se propuso?

Estados Unidos siempre ha considerado a América Latina como su territorio, más precisamente como su patio trasero. En 1960 preocupado por la posibilidad que se repitiera la experiencia de la Revolución Cubana en el continente y para frenar el avance del comunismo comenzó a convocar a militares de todos los ejércitos latinoamericanos para dictarles cursos de formación, instrucción y adoctrinamiento con el propósito de formarlos ideológicamente. En la Escuela de las Américas de Panamá, EEUU enseñó métodos de contrainsurgencia, tortura, crueldad y represión. Se la llamó "la escuela de dictadores", allí se graduaron tanto los dictadores de 1970 (Por ejemplo los argentinos Roberto Viola, Leopoldo Galtieri e Ibérico Saint-Jean) como los que derribaron en el año 2009 al presidente constitucional de Honduras, Manuel Zelaya, ya que las mismas escuelas y los cursos de formación militar dictados por el Pentágono (EEUU) continúan.

Las Fuerzas Armadas de los países latinoamericanos ya no tenían la función de velar por la seguridad de las fronteras, sino buscar y tratar de identificar al enemigo en el propio país. Aunque el principal "enemigo interno" estaba encarnado por las organizaciones armadas, la represión se dirigió a un amplio arco de opositores a la sociedad establecida: políticos, antiimperialistas, organizaciones campesinas, sociales, estudiantiles, sindicalistas, obreros, así como cualquier grupo con un tinte nacionalista o socialista que amenazara "la seguridad nacional".

Las relaciones internacionales entre los oficiales de las fuerzas armadas sudamericanas se habían estrechado desde fines de la década de los sesenta producto de una especialización contrainsurgente conjunta en las academias militares norteamericanas⁴. Esta especialización se enmarcó dentro de la "Doctrina de Seguridad Nacional", cuya esencia era la de lograr el "orden" en la sociedad civil y la eliminación física de los disidentes. Estas relaciones de militares argentinos con sus similares uruguayos, paraguayos, brasileños, chilenos, bolivianos y peruanos, tendrían sus frutos en los años de las dictaduras⁵. Dentro de este marco de cooperación, los dictadores sudamericanos forman una organización criminal de alcance hemisférico, "Operación Cóndor", cuyo objetivo era la consecución de los objetivos políticos y económicos de la conspiración y la neutralización o eliminación de la oposición política y múltiples personas por razones ideológicas⁶.



⁴ Sobre la intervención de la CIA en la formación de militares latinoamericanos, véase también CALLONI, Stella; Los Archivos del Horror del Operativo Cóndor. KO'AGA ROÑETA; <http://www.derechos.org/nizkor/doc/condor/calloni.html>.

⁵ CUYAS, Esteban; La Operación Cóndor: El Terrorismo de Estado de Alcance Transnacional KO'AGA ROÑETA se.vii (1996) <http://www.derechos.org/vii/1/cuyas.html>

⁶ EQUIPO NIZKOR; Documento distribuido a la solidaridad internacional para lograr la detención y el procesamiento de Augusto Pinochet Ugarte, <http://www.derechos.org/nizkor/>

Antonio Skármeta, La composición, 1998.

El día de su cumpleaños a Pedro le regalaron una pelota. Pedro protestó porque quería una de cuero blanco con parches negros como las que pateaban los futbolistas profesionales. En cambio, ésta de plástico le parecía demasiado liviana. —Uno quiere meter un gol de cabecita y la pelota sale volando. Parece pájaro por lo liviana.

—Mejor —le dijo el papá—, así no te aturdes la cabeza.

Y le hizo un gesto con los dedos para que callara porque quería oír la radio. En el último mes, desde que las calles se llenaron de militares, Pedro había notado que todas las noches el papá se sentaba en su sillón preferido, levantaba la antena del aparato verde y oía con atención noticias que llegaban desde muy lejos. A veces venían amigos que se tendían en el suelo, fumaban como chimeneas y ponían las orejas cerca del receptor.

Pedro le preguntó a su mamá:

—¿Por qué siempre oyen esa radio llena de ruidos?

—Porque es interesante lo que dice.

—¿Qué dice?

—Cosas sobre nosotros, sobre nuestro país.

—¿Qué cosas?

—Cosas que pasan.

—¿Y por qué se oye tan mal?

—La voz viene de muy lejos.

Y Pedro se asomaba soñoliento a la ventana tratando de adivinar por cuál de los cerros lejanos se filtraría la voz de la radio.

En octubre, Pedro fue la estrella de los partidos de fútbol del barrio. Jugaba en una calle de grandes árboles y correr bajo su sombra era casi tan delicioso como nada en

el río en verano. Pedro sentía que las hojas susurrantes eran un estadio techado que

lo ovacionaba cuando recibía un pase preciso de Daniel, el hijo del almacenero, se filtraba como Pelé entre los grandotes de la defensa y chutaba directo al arco para meter el gol.

—¡Gol —gritaba Pedro y corría a abrazar a todos los de su equipo que lo levantaban por los aires porque, a pesar de que Pedro ya tenía nueve años, era pequeño y liviano.

Por eso todos lo llamaban “chico”.

—¿Por qué eres tan chiquito? —le decían a veces para fastidiarlo.

—Porque mi papá es chiquito y mi mamá es chiquita.

—Y seguramente también tu abuelo y tu abuela porque eres requetechiquito.

—Soy bajo, pero inteligente y rápido; en cambio tú, lo único que tienes rápido es la lengua.

Un día, Pedro inició un veloz avance por el flanco izquierdo donde habría estado el banderín del corner si ésa fuera una cancha de verdad y no la calle enterrada del barrio. Llegó frente a Daniel que estaba de arquero, simuló con la cintura que avanzaba, pisó el balón hasta dormirlo en sus pies, lo levantó sobre el cuerpo de Daniel que se había lanzado antes y suavemente lo hizo rodar entre las dos piedras que marcaban el arco.

—Gol! —gritó Pedro y corrió hacia el centro de la cancha esperando el abrazo de sus compañeros. Pero esta vez nadie se movió. Estaban todos clavados mirando hacia el almacén.

Algunas ventanas se abrieron. Se asomó gente con los ojos pendientes de la esquina. Otras puertas, sin embargo, se cerraron de golpe. Entonces Pedro vio que al padre de Daniel se lo llevaban dos hombres, arrastrándolo, mientras un piquete de soldados lo apuntaba con metralletas. Cuando Daniel quiso acercársele, uno de los hombres lo contuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Tranquilo —le dijo.

Don Daniel miró a su hijo:

¿Sabías que este cuento ha sido llevado al cine?

Pequeña Revancha

(Película venezolana, 1985)

Director: Olegario Barrera

www.youtube.com/watch?

—*Cuídame bien el negocio.*

Cuando los hombres lo empujaban hacia el jeep, quiso llevarse una mano al bolsillo, y de inmediato un soldado levantó su metralleta:

—*¡Cuidado!*

Don Daniel dijo:

—*Quería entregarle las llaves al niño.*

Uno de los hombres le agarró el brazo:

—*Yo lo hago.*

Palpó los pantalones del detenido y allí donde se produjo un ruido metálico, introdujo a mano y sacó las llaves. Daniel las recogió en el aire. El jeep partió y las madres se precipitaron a la calle, agarraron a sus hijos del cuello y los metieron en sus casas. Pedro se quedó cerca de Daniel en medio de la polvareda que levantó el jeep al partir.

—*¿Por qué se lo llevaron?*

—*Daniel hundió las manos en los bolsillos y apretó las llaves.*

—*Mi papá está contra la dictadura.*

Pedro ya había escuchado eso de “contra la dictadura”.

Lo decía la radio por las noches, muchas veces. Pero no sabía muy bien qué quería decir.

—*¿Qué significa eso?*

—*Daniel miró la calle vacía y le dijo como en secreto:*

—*Que quieren que el país sea libre. Que se vayan los militares del gobierno.*

—*¿Y por eso se los llevan presos? –preguntó Pedro.*

—*Yo creo.*

—*¿Qué vas a hacer?*

—*No sé.*

Un vecino se acercó a Daniel y le pasó la mano por el pelo.

—*Te ayudo a cerrar –le dijo.*

Pedro se alejó pateando la pelota y como no había nadie en la calle con quien jugar, corrió hasta la otra esquina a esperar el autobús que traería a su padre de regreso del trabajo.

Cuando llegó, Pedro lo abrazó y el papá se inclinó para darle un beso.

—*¿No ha vuelto aún tu mamá?*

—*No –dijo Pedro.*

—*¿Jugaste mucho?*

—*Un poco.*

Sintió la mano de su papá que le tomaba la cabeza y la estrechaba con una caricia sobre la camisa.

—*Vinieron unos soldados y se llevaron preso al papá de Daniel.*

—*Ya lo sé –dijo el padre.*

—*¿Cómo lo sabes?*

—*Me avisaron por teléfono.*

—*Daniel se quedó de dueño del almacén. A lo mejor ahora me regala caramelos –dijo Pedro.*

—*No creo.*

—*Se lo llevaron en un jeep como esos que salen en la películas.*

El padre no dijo nada. Respiró hondo y se quedó mirando con tristeza la calle. A pesar de que era de día, sólo la atravesaban los hombres que volvían lentos de sus trabajos.

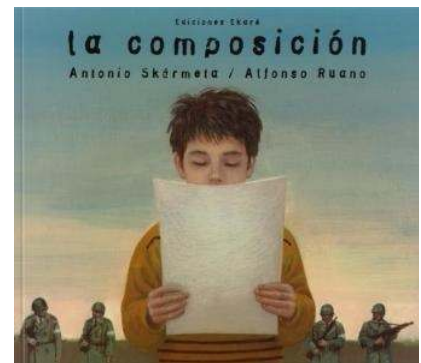
—*¿Tú crees que saldrá en la televisión? –preguntó Pedro.*

—*¿Qué? –preguntó el padre.*

—*Don Daniel.*

—*No.*

Esa noche se sentaron los tres a cenar, y aunque nadie le ordenó que se callara, Pedro no abrió la boca. Sus papas comían sin hablar. De pronto, la madre comenzó a llorar, sin ruido.



—¿Por qué está llorando mi mamá?

El papá se fijó primero en Pedro y luego en ella y no contestó. La mamá dijo:

—No estoy llorando.

—¿Alguien te hizo algo? —preguntó Pedro.

—No —dijo ella.

Terminaron de cenar en silencio y Pedro fue a ponerse su pijama. Cuando volvió a la sala, sus papás estaban abrazados en el sillón con el oído muy cerca de la radio, que emitía sonidos extraños, más confusos ahora por el poco volumen. Casi adivinando que su papá se llevaría un dedo a la boca para que se callara, Pedro preguntó rápido:

—Papá, ¿tú estás contra la dictadura?

El hombre miró a su hijo, luego a su mujer, y en seguida ambos lo miraron a él.

Después bajó y subió lentamente la cabeza, asintiendo.

—¿También te van a llevar preso?

—No —dijo el padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú me traes buena suerte, chico —sonrió.

Pedro se apoyó en el marco de la puerta, feliz de que no lo mandaran a acostarse como otras veces. Prestó atención a la radio tratando de entender. Cuando la radio dijo: “la dictadura militar”, Pedro sintió que todas las cosas que andaban sueltas en su cabeza se juntaban como un rompecabezas.

—Papá —preguntó entonces—, ¿yo también estoy contra la dictadura?

El padre miró a su mujer como si la respuesta a esa pregunta estuviera escrita en los

ojos de ella. La mamá se rascó la mejilla con una cara divertida, y dijo:

—No se puede decir.

—¿Por qué no?

—Los niños no están en contra de nada. Los niños son simplemente niños. Los niños de tu edad tienen que ir a la escuela, estudiar mucho, jugar y ser cariñosos con sus padres.

Cada vez que a Pedro le decían estas frases largas, se quedaba en silencio. Pero esta

vez, con los ojos fijos en la radio, respondió:

—Bueno, pero si el papá de Daniel está preso, Daniel no va a poder ir más a la escuela.

—Acuéstate, chico —dijo el papá.

Al día siguiente, Pedro se comió dos panes con mermelada, se lavó la cara y se fue corriendo a la escuela para que no le anotaran un nuevo atraso. En el camino, descubrió una cometa azul enredada en las ramas de un árbol, pero por más

que saltó y saltó no hubo caso.

Todavía no terminaba de sonar ding-dong la campana, cuando la maestra entró, muy tiesa, acompañada por un señor con uniforme militar, una medalla en el pecho, bigotes grises y unos anteojos más negros que mugre en la rodilla.

La maestra dijo:

—De pie, niños, y bien derechitos.

Los niños se levantaron. El militar sonreía con sus bigotes de cepillo de dientes bajo los lentes negros.

—Buenos días, amiguitos —dijo—. Yo soy el capitán Romo y vengo de parte del Gobierno, es decir, del general Perdomo, para invitar a todos los niños de todos los grados de esta escuela a escribir una composición. El que escriba la más linda de todas recibirá, de la propia mano del general Perdomo, una medalla de oro y una cinta como ésta con los colores de la bandera. Y por supuesto, será el abanderado en el desfile de la Semana de la Patria.

Puso las manos tras la espalda, se abrió de piernas con un salto y enderezó el cuello

levantando un poco la barbilla.

—¡Atención! ¡Sentarse!

Los muchachos obedecieron.

—Bien —dijo el militar—. Saquen sus cuadernos... ¿Listos los



cuadernos? ¡Bien!

Saquen lápiz... ¿Listos los lápices? ¡Anotar! Título de la composición: "Lo que hace mi familia por las noches"... ¿Comprendido? Es decir, lo que hacen ustedes y sus padres desde que llegan de la escuela y del trabajo. Los amigos que vienen. Lo que conversan. Lo que comentan cuando ven la televisión. Cualquier cosa que a ustedes se les ocurra libremente con toda libertad. ¿Ya? Uno, dos, tres:

¡comenzamos!

—¿Se puede borrar, señor? —preguntó un niño.

—Sí —dijo el capitán.

—¿Se puede hacer con bolígrafo?

—Sí, joven. ¡Cómo no!

—¿Se puede hacer en hojas cuadriculadas, señor?

—Perfectamente.

—¿Cuánto hay que escribir, señor?

—Dos o tres páginas.

—¿Dos o tres páginas? —protestaron los niños.

—Bueno —corrigió el militar—, que sean una o dos. ¡A trabajar!

Los niños se metieron el lápiz entre los dientes y comenzaron a mirar el techo a ver si por un agujero caía volando sobre ellos el pajarito de la inspiración.

Pedro estuvo mordiendo el lápiz, pero no le sacó ni una palabra. Se rascó el agujero de la nariz y pegó debajo del escritorio un moquita que le salió por casualidad.

Juan, en el pupitre de al lado, estaba comiéndose las uñas, una por una.

—¿Te las comes? —preguntó Pedro.

—¿Qué? —dijo Juan.

—Las uñas.

—No. Me las corto con los dientes y después las escupo. ¡Así! ¿Ves?

El capitán se acercó por el pasillo y Pedro pudo ver cerca la dura hebilla dorada de su cinturón.

—¿Y ustedes, no trabajan?

—¿Y tú? Sí, señor —dijo Juan, y a toda velocidad arrugó las cejas, sacó la lengua entre los dientes y puso una gran "A" para comenzar la composición. Cuando el capitán se fue hacia el pizarrón y se puso a hablar con la maestra, Pedro le espía la hoja a Juan y preguntó:

—¿Qué vas a poner?

—Cualquier cosa. ¿Y tú?

—No sé —dijo Pedro.

—¿Qué hicieron tus papás ayer? —preguntó Juan.

—Lo mismo de siempre. Llegaron, comieron, oyeron la radio y se acostaron.

—Igualito mi mamá.

—Mi mamá se puso a llorar de repente —dijo Pedro.

—Las mujeres se la pasan llorando.

—Yo trato de no llorar nunca. Hace como un año que no lloro.

—Y si te pego en el ojo y te lo pongo morado, ¿no lloras?

—¿Y por qué me vas a hacer eso si soy tu amigo?

—Bueno, es verdad.

Los dos se metieron los lápices en la boca y miraron el bombillo apagado y las sombras en las paredes y sintieron la cabeza hueca como una alcancía. Pedro se acercó a Juan y le susurró en la oreja:

—¿Tú estás contra la dictadura?

Juan vigiló la posición del capitán y se inclinó hacia Pedro:

—Claro, pendejo.

Pedro se apartó un poco y le guiñó un ojo, sonriendo. Luego, haciendo como que escribía, volvió a hablarle:

—Pero tú eres un niño... —¿Y eso qué importa?

—Mi mamá me dijo que los niños... —comenzó a decir Pedro.

—Siempre dicen eso... A mi papá se lo llevaron preso al norte.

—Igual que al de Daniel.

—Ajá. Igualito.

Pedro miró la hoja en blanco y leyó lo que había escrito: "Lo que hace mi familia por las noches". Pedro Malbrán. Escuela Siria. Tercer Grado A.

—Juan, si me gano la medalla, la vendo para comprarme una pelota de fútbol tamaño cinco de cuero blanco con parches negros. Pedro mojó la punta del lápiz con un poco de saliva, suspiró hondo y arrancó:

“Cuando mi papá vuelve del trabajo...”.

Pasó una semana, se cayó de puro viejo un árbol de la plaza, el camión de la basura estuvo cinco días sin pasar y las moscas tropezaban en los ojos de la gente, se casó

Gustavo Martínez de la casa de enfrente y repartieron así unos pedazos de torta a los vecinos, volvió el jeep y se llevaron preso al profesor Manuel-Pedraza, el cura no quiso decir misa el domingo, en el muro de la escuela apareció escrita la palabra “resistencia”, Daniel volvió a jugar fútbol y metió un gol de chilena y otro de palomita, subieron de precio los helados y Matilde Schepp, cuando cumplió nueve años, le pidió a Pedro que le diera un beso en la boca.

—¡Estás loca! —le gritó Pedro.

Después que pasó esa semana, pasó todavía otra, y un día volvió al aula el militar cargado de papeles, una bolsa de caramelos y un calendario con la foto de un general.

—Mis queridos amiguitos —les dijo—. Sus composiciones han sido muy lindas y nos han alegrado mucho a los militares y en nombre de mis colegas y del general Perdomo debo felicitarlos muy sinceramente. La medalla de oro no recayó en este curso, sino en otro, en algún otro. Pero para premiar sus simpáticos trabajitos, les daré a cada uno un caramelo, la composición con una notita y este calendario con la

foto del prócer.

Pedro se comió el caramelo camino de su casa y esa noche, mientras cenaban, le contó al papá:

—En la escuela nos mandaron a hacer una composición. Mmm.... ¿Sobre qué?

—preguntó el papá comiendo la sopa.

—“Lo que hace mi familia por las noches”.

El papá dejó caer la cuchara sobre el plato y saltó una gota de sopa sobre el mantel.

Miró a la mamá.

—¿Y tú qué escribiste, hijo? —preguntó la mamá.

Pedro se levantó de la mesa y fue a buscar entre sus cuadernos.

—¿Quieren que se las lea? El capitán me felicitó.

Y les mostró donde el capitán había escrito con tinta verde: “¡Bravo! ¡Te felicito!”

—El capitán... ¿qué capitán? —gritó el papá.

—El que nos mandó a hacer la composición.

Los papás se volvieron a mirar y Pedro empezó a leer:

—“Escuela Siria. Tercer Grado...”.

El papá lo interrumpió:

—Sí, está bien, pero lee directamente la composición, ¿quieres?

Y mientras los padres escuchaban con mucha atención, Pedro leyó:

—“Cuando mi papá vuelve del trabajo, yo voy a esperarlo al autobús. A veces, mi mamá está en la casa y cuando llega mi papá le dice quiubo chico, cómo te fue hoy. Bien le dice mi papá y a ti cómo te fue, aquí estamos le dice mi mamá. Entonces yo salgo a jugar fútbol y me gusta meter goles de cabecita. Después viene mi mamá y me dice ya Pedrito venga a comer y luego nos sentamos a la mesa y yo siempre me como todo menos la sopa que no me gusta. Después todas las noches mi papá y mi mamá se sientan en el sillón y juegan ajedrez y yo termino la tarea. Y ellos siguen jugando ajedrez hasta que es la hora de irse a dormir. Y después, después no puedo contar porque me quedo dormido.

Firmado: Pedro Malbrán. Nota: si me dan un premio por la composición ojalá sea una pelota de fútbol, pero no de plástico.”

Levantó la mirada y se dio cuenta de que sus padres estaban sonriendo.

—Bueno —dijo el papá—, habrá que comprar un ajedrez, por si las moscas.

RADAR LIBROS

DOMINGO, 6 DE AGOSTO DE 2006

"La composición", de Skármeta

Libros para los más chicos. Por Sandra Comino



La composición es un cuento que tiene una versión inicial para radio escrita a fines de los '70, una primera publicación en Le Monde y se convirtió en libro en el año 2000, en Venezuela. Tiene –entre otras– una edición italiana y otra canadiense que mereció el Premio The Americas Award 2000. Su autor es Antonio Skármeta y aunque no diga con exactitud dónde transcurre geográficamente el cuento, sin duda está ubicado en Chile bajo la dictadura de Pinochet. La edición argentina (Sudamericana) es reciente y su ilustradora es María Delia Lozupone.

Si bien las imágenes no son extremadamente realistas, transmiten el comportamiento autoritario y refuerzan la

dureza del momento. Las expresiones del protagonista, sobre todo de los demás niños que transitan la historia, emiten pena, asombro, la piel de los rostros –por sus facciones geométricas– como si fueran de madera y las miradas, junto con los planos y puntos de vista, incrementan la rigidez. Sin quitarle dramatismo al cuento, posibilita que un lector de menor edad arribe al libro, convirtiéndose esta característica en un rasgo positivo.

Pedro tiene nueve años y le encanta el fútbol. Juega en la calle con sus amigos hasta que un día hace un gol, pero nadie lo festeja. "... Pedro vio que al padre de Daniel se lo llevaban dos hombres arrastrándolo". Daniel le cuenta a Pedro que su papá está en contra de la dictadura. Luego, una cena en silencio, el abatimiento de los adultos y el miedo de Pedro cuando le pregunta al padre si está en contra de la dictadura, también. De noche se oye la radio. Por el tipo de radio (el mueble), la ropa de los personajes, es evidente que se está en la década del '70 y allí Pedro entonces podría ser un niño de cualquier país de Latinoamérica. Del aparato radial salen literalmente palabras, frases que envuelven el aire y no dicen cualquier cosa, a veces se escucha (lee) raro porque la voz es clandestina.

Pedro se cuestiona todo el tiempo lo que ocurre en su país, le pregunta a su padre: "¿Yo también estoy en contra de la dictadura?" Su preocupación se agranda cuando un día llega a la escuela un militar que convoca a escribir una composición y promete una medalla de oro para el ganador. ¿El tema de la composición? "Lo que hace mi familia por las noches". Y el militar explica: "...lo que hacen ustedes y sus padres desde que llegan de la escuela y del trabajo. Los amigos que vienen. Lo que conversan. Lo que comentan cuando ven la televisión..." Transcurre una semana, los militares se llevan a un profesor y en la pared de la escuela alguien escribe "resistencia". El momento de mayor tensión es cuando Pedro lee a sus padres la redacción que escribió.

El mundo que plantea Skármeta, lleno de miedo, pero donde se intenta vivir con normalidad, es un universo perfectamente captado por una infancia que el autor no subestima, muy por el contrario, la honra. Es la inteligencia de Pedro la que le permite elaborar aquello que escucha y por las palabras no dichas, o que omite en su producción, percibimos la comprensión que el niño tiene de aquello que ocurre a pesar de su corta edad.

Con este cuento queda claro que no hay temas que los chicos no puedan leer, sino que hay que ver cómo se cuenta aquello que se cuenta, porque está en la escritura, en la organización de la información y el trabajo del relato, lo que convierte un tema en literatura.

MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA EN CONSTRUCCIÓN PERMANENTE

El legado y compromiso que nos interpela hoy

A nosotros los educadores nos toca la transmisión

Muchas veces nos hemos preguntado cuántas generaciones hará falta que pasen para que comience a cicatrizar este dolor que no cesa. Ciertamente el trabajo de convertir la ardiente memoria en historia debe pasar necesariamente por la justicia.

Cada vez que las Abuelas recuperan un nieto/a apropiado se anudan los lazos de la identidad y como le dijo Francisco Madariaga, último nieto recuperado a su papá Abel, “no lo lograron”. **Ellos, los genocidas, no lograron que la desaparición de los cuerpos haya devenido desaparición de las ideas y de la búsqueda de la verdad.** Cada vez que se le pone el nombre de un compañero/a desaparecido a una calle, plaza, aula, escuela, se nombra, y el nombrar se revive, la historia de toda una generación que soñó y luchó por un mundo mejor, para sus hijos, para todos los hijos.

Esta enorme fuerza social construida por el movimiento de derechos humanos durante más de treinta años fue el soporte sobre el cual se asienta la nulidad de las leyes de impunidad que hoy permite juzgar y condenar a los genocidas.

Con mucha lentitud, intenso sufrimiento psíquico, presiones de todo tipo, amenazas a los testigos y el secuestro de Jorge Julio López; con la indiferencia de los grandes medios nacionales que cada vez le dan menos espacio al tema, están siendo juzgados los responsables de los crímenes más horribles de nuestra historia, comparables al genocidio de los pueblos originarios cometidos en la supuesta “campana del desierto”. Hay ya condenas ejemplificadoras no sólo por las penas, sino por los considerandos de los fallos que ratifican que estos crímenes no prescribirán porque son delitos de acción continua, siguen cometándose.

Es preciso unificar causas y acelerar los juicios ya que muchos genocidas han muerto sin recibir condena, clausurándose así la posibilidad de que la justicia inscriba en una sentencia, que el Estado cumplió con su deber de velar por la vida y los derechos de los ciudadanos.

A nosotros los educadores nos toca la transmisión. Además de recuperar las historias de vida de los luchadores populares, **transmitir a las nuevas generaciones que la coherencia y la persistencia de nuestra lucha es la que ha hecho posible estos juicios, estas condenas.** No olvidamos, no perdonamos. Seguimos exigiendo Memoria, Verdad, Justicia.

STELLA MALDONADO
Secretaria General CTERA
“Como a los nazis, les va a pasar”
Material SUTEBA-Derechos Humanos

[MEMORIA VERDAD JUSTICIA: LOS JUICIOS - SUTEBA](#)

Los juzga un tribunal, los condenamos todos

Susana Dieguez – Compañera de UNTER*

“Llevar los represores al banquillo es un triunfo”

Querellantes, testigos y familiares de víctimas calificamos como un triunfo el hecho de poder llevar ante la justicia a los responsables del terrorismo de estado. Después de treinta años de rondas, marchas y escraches, estos juicios son un suceso histórico para el país, producto de la lucha incansable de los organismos de Derechos Humanos, de las organizaciones sociales y de todos los que aportan a la memoria colectiva. No es para menos, el hecho de que ellos, los protagonistas de aquel siniestro plan de las Fuerzas Armadas, para aniquilar a sectores políticos que pensábamos diferente y luchábamos para un país más justo, hoy estén frente a la justicia por las atrocidades cometidas en pos de un proyecto para minorías privilegiadas. La sociedad los condenó hace mucho y ahora les llega el turno de rendir cuentas ante la justicia. Por eso decimos que a los genocidas los juzga un tribunal pero los condenamos todos. Porque no hay impunidad que pueda contra la condena social. Porque estos juicios son parte de la historia, aunque a muchos les disguste. *Susana Dieguez es testigo en el juicio a 17 exrepresores del I Cuerpo de Ejército por la represión ilegal en el Atlético, el Olimpo y el Banco, tres centros clandestinos de los más tristemente célebres. Entre los juzgados está Simón “El Turco” Julián y Raúl Guglielminetti, dos de los más sanguinarios represores de la época.



LA IMPUNIDAD DE AYER y LA JUSTICIA DE HOY

Cuando retorno la Democracia en 1983, el gobierno de Raúl Alfonsín promovió el Juicio a la Junta Militar (1985) donde fueron condenados. [Jorge Rafael Videla](#) y [Emilio Eduardo Massera](#) fueron condenados a reclusión perpetua y los demás integrantes recibieron severas penas.

Sin embargo, los organismos de Derechos Humanos demandaban que también se enjuiciara a los Militares y civiles con distintos niveles de responsabilidad que habían participado en los secuestros, torturas, robos de bebés y desapariciones. Esta demanda no de justicia no fueron satisfechas. Las Fuerzas Armadas se opusieron tenazmente llevando adelante rebeliones militares “carapintadas” y el poder político cedió a pesar de las jornadas de gran movilización popular como las de Semana Santa.

Esto finalizó con las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida (1987) que pusieron límite al afán de justicia.

La impunidad se profundizó cuando los dictadores fueron liberados por los Indultos realizados por Carlos Menem en 1990. Fueron las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo quienes siempre marcharon y se organizaron para reclamar Justicia y que se deroguen aquellas leyes e indultos que permitían la impunidad de los responsables. A fines de los 90 se sumaron los H.I.J.O.S de los desaparecidos que organizaron “escarches” en los domicilios de los militares como denuncia y condena pública ya que no había una condena judicial. Por ello en sus banderas H.I.J.O.S escribía “Si no hay justicia, hay escrache”.

El gobierno de Nestor Kirchner deroga las leyes de impunidad y a partir de allí se retoman los Juicios de los militares y, debido al tenaz impulso de los organismos de derechos humanos, se avanza en enjuiciar a los civiles, militares y algunos eclesiásticos que nunca habían sido juzgados ni condenados.

Además de Juicio y Castigo a militares y civiles, las Abuelas de Plaza de Mayo desde hace más de 30 años vienen buscando a sus Nietos que fueron robados al nacer por los genocidas. Aquellos niños hoy son personas adultas que no conocen su verdadera identidad. 116 nietos ya conocen la historia de sus padres desaparecidos pero faltan encontrar alrededor de 300. Para garantizar esta búsqueda el gobierno de Cristina Kirchner envió al parlamento dos leyes largamente buscadas por las Abuelas. Una ley permite la “Obtención de ADN por distintos medios (inspección corporal, secuestro de objetos que contengan células ya desprendidas del cuerpo, podrán ordenarse el registro domiciliario o

la requisa personal)”. Y la otra ley Crea el Banco Nacional de Datos Genéticos a fin de obtener y almacenar ADN para facilitar la búsqueda de los nietos apropiados.



Suteba

Desde el SUTEBA venimos promoviendo y acompañando la presencia de docentes y estudiantes de escuelas secundarias en los Juicios que se desarrollan en los Tribunales Federales de la Pcia de Bs As sobre lo ocurrido en la última dictadura militar.

Con los testimonios de docentes y estudiantes de la zona oeste y norte del conurbano publicamos el libro “Yo fui a los juicios con mi profe”.

“El juicio me pareció un método muy bueno de aprender, ya que no todos tienen la posibilidad de apreciar un juicio. Una de las cosas que más me importaron es cuando la señora, la abuela de Plaza de Mayo, nos contó su historia y cuando entraron los tres acusados, tenerlos sentados justo enfrente, fue muy impactante. Otras de las cosas que me pareció muy buena es que una hija de desaparecidos

podiera presenciar el juicio”.

Aldana Martínez

Estudiante de la Esc. Secundaria N° 4 Caseros-Tres de Febrero

Para garantizar el Nunca Más queremos que nuevas



El SUTEBA realiza la campaña “Escuelas por la Identidad” para aportar nuestro granito de arena a las Abuelas de Plaza de Mayo en la búsqueda de los nietos que aún faltan encontrar.

Con cada nieto encontrado consolidamos nuestra identidad como pueblo.

¡SUMATE!